

# C RÓNICA DE UN CRONISTA DENUNCIADO\*

Angélica Aguilera

Angélica Aguilera (ciudad de México, 1965) ha publicado cuento, poesía y crítica literaria en diversos suplementos y revistas como *Textos*, *Imprenta*, *Correo del Maestro*, *El Búho* y *Alforja*, entre otros del Distrito Federal y del interior del país. Cuentos y poemas suyos han sido incluidos, desde 1984, en algunas antologías.

En 1987 Ignacio Trejo Fuentes publicó *De acá de este lado. Una aproximación a la novela chicana*, y un año más tarde *Faros y sirenas. Aspectos de crítica literaria*. Ambos libros marcaron la trayectoria de su autor como un ensayista de altos vuelos, no exento de sentido del humor y abocado, como se confirma en la mayor parte de su crítica en diversos medios, al análisis y reflexión en torno a la literatura nacional. Su faceta como cronista debió sorprender a quienes, conociendo su trabajo anterior, leyeron "El club del quintito", primera crónica de su autoría publicada en las páginas de *Unomásuno*.

El presente volumen reúne dos libros: *Crónicas romanas* (1990) y *Loquitas pintadas* (1995). Los textos que se incluyen fueron publicados por entregas en el mencionado periódico, y desde su aparición denotaron a un cronista observador y minucioso, con capacidad de encontrar incluso en lo trivial algo digno de ser consignado.

La colonia Roma y sus calles plagadas de historias son el hilo con que se teje este libro, y aunque los hechos bien podrían haber ocurrido en lugares tan diversos como Xochimilco o Ciudad Nezahualcóyotl, es la atmósfera de

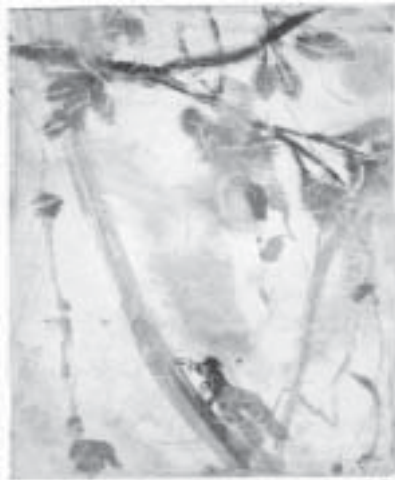
\*Texto de presentación del libro de Ignacio Trejo Fuentes, *Crónicas romanas. Loquitas pintadas*, México, CNCA (Lecturas Mexicanas. Cuarta Serie), 2003, 242 pp.

esta colonia —que a partir del terremoto de 1985 pareció perder de manera definitiva el viejo esplendor de sus casas y la celebrada alcurnia de sus habitantes—, la que da a los textos aquí reunidos una característica especial: sus protagonistas parecieran no existir fuera del perímetro romano, y cuando salen de él se pierden irremediabilmente en el anonimato, devorados por una ciudad que crece sin control.

Fiel testigo del momento, la crónica cambia, se adapta al lenguaje de sus protagonistas, hace eco de la vida. Si Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Gutiérrez Nájera o Ángel de Campo retrataron la ciudad del siglo XIX, Ignacio Trejo Fuentes da cuenta de la colonia Roma (¿quién podría, en estos tiempos, ser cronista de la ciudad entera?). Por los primeros sabemos de las formas de expresión, del galanteo, el maltrato

a los animales o la superstición de aquellos años; en este libro doble se develan arrebatos, homicidios, desamores, grandes amistades o rivalidades permanentes, reflejo inequívoco de nuestro tiempo y resultado del derrumbe físico y social de esta parte de la ciudad, que por sí misma ha sido objeto de innumerables narraciones.

Todo es materia para una crónica, en la medida de que lo vivido es un hecho único e irrepetible que puede conmover al lector por la identificación de lo cotidiano, de lo posible, de aquello que aun revestido de un halo inverosímil no nos resulta ajeno; las de Ignacio Trejo Fuentes reúnen esa fundamental condición. Entre lo aparentemente frívolo —¿a quién podría importarle que una chica llamada Rosita tenga unas ganas irreprimibles de orinar cada vez que llueve?—, el cronista logra fijar en su memoria y en la del lector la impresión del momento, los recorridos nocturnos, las parrandas, los personajes que parecen imposibles pero que existen y asaltan la conciencia del lector como la instantánea de una fiesta infantil o la foto del recuerdo en una tarde de cantina. El autor se mantiene sutilmente ausente, aunque es su voz, disimulada, la que viste las narraciones de un tono jocoso, tan ligero como lo es la vida misma incluso en los casos más terribles. ¿Quién no ha contado su tragedia personal con algo de humor una vez que lo tremendo del suceso ya ha pasado?



En sus crónicas Ignacio Trejo Fuentes se esconde y resurge metamorfoseado: se vuelve esposa infiel, tahúr profesional, enfermero de un tío epiléptico; se acerca sin pudor a esas historias vivientes que abordan el metro, que beben cerveza en las esquinas al cobijo de una lámpara descompuesta o habitan las casas de huéspedes, antiguas señoriales de la Roma, y hace de los lectores el cómplice perfecto de estos

encuentros. Leer "El ratón Miguelito" o "La vuelta del ladrillo" es ser partícipe de la obstinada vigilancia de su autor, compartir su voyeurismo y entrar por la puerta grande a las vidas ajenas, reconocerlas similares a la propia o, si no, parecidas a la de alguien cercano.

Esto último ha podido constatarlo el autor de este libro cuando hace algunos años, en una reunión pantagruélica, un comensal se quedó dormido exponiéndose al castigo acostumbrado por el grupo de amigos trasnochados: ser pintarrajeado con todo lo que hubiera a su alcance y expuesto después a los transeúntes matutinos. El

correctivo rayó en el exceso y de los hechos surgió "El hombre sandwich", publicada también en *Unomásuno* y que sería la última crónica de Ignacio Trejo Fuentes en ese diario. El parecido del protagonista con el gobernador de un estado costero (y cuyo apodo se asemejaba al apellido del funcionario) llevó al político a presionar para que el escritor abandonara la publicación. El texto no aparece en este volumen, pero cualquier lector curioso podrá encontrarlo en los archivos del periódico.

En este libro todo es posible porque todo es real: un perro libidinoso y abusivo que violentamente hace sucumbir a sus requerimientos sexuales a un pobre albañil; una mujer inmensamente gorda empeñada en conquistar a los muchachos del rumbo; un grupo de jóvenes cuyo pasatiempo favorito es acostarse en plena avenida para obstruir el flujo de automóviles. Cronista de costumbres, Ignacio Trejo Fuentes describe, enjuicia, se mofa de la realidad y toma su papel de testigo fiel de los hechos; es irreverente, transforma la historia porque apela a sus minucias.

No se puede poner en tela de juicio la verdad de los hechos narrados. Es el mundo inmediato el que encuentra en este libro un sitio para explayarse, para dejarse leer sin reserva, porque así es la vida en la colonia Roma, y así, señor lector, son los romanos. •